

EL RÍO GUAVIARE: ESPEJO DE COLOMBIA*

Gerardo Ardilla**

Alguien tiene que contar en Bogotá cómo es esta guerra. Claro que yo sé que hay libros escritos y reuniones, y todo eso. ¿Pero será que el Presidente sabe? ¿Será que allá no se enteran o les mienten? ¿O qué será? Me llamo Pablo Alegría, como usted sabe, y soy de Soacha, cerca de Bogotá. Bueno, tengo mi familia en Soacha, porque uno es de muchas partes y yo soy más del Guaviare que de otro lugar. Mejor dicho, yo soy de estas selvas. Uno no es quien uno cree, ni tampoco es de donde uno quiere. Uno es el que uno cree que es, sumado a lo que creen los otros que uno es, y uno es de donde tiene el alma, más que del lugar en el que pone el cuerpo. Esto me lo enseñó esta guerra. Los guerreros apresan y maltratan los cuerpos; el alma es lo que uno esconde y solo lo matan a uno cuando le matan el alma. Mi alma está presa cerca de Barranco Colorado, donde tengo mi fundo. Mejor dicho donde tenía mi fundo, porque me tocó salir y ahora vuelvo a ver qué pasa con lo que era mío. De pronto, si las cosas siguen como han venido, no logro llegar hasta allá y en cierto modo pierdo el viaje. Allá tenía todo: paz, tranquilidad, una casa donde era el rey, unos trabajadores amigos, frutas, yuca, plátano, mejor dicho, comida. Claro, vivía de la coquita, para qué le voy a decir. De eso vivía yo y vivía mi familia y las familias de mis trabajadores.

Cuando empezaron estos conflictos, en 1997, me pusieron a elegir entre quedarme del todo con los guerreros o salir de aquí y tirarlo todo. No sé si hice bien, pero decidí correr. Y aquí me tiene, sin terminar de correr desde entonces. Por eso he vuelto, para recuperar mi alma y mis palabras. ¿Sa-

* Originalmente preparado para el Número Cero del semanario colombiano *Palabra*.

** Profesor del Centro de Estudios Sociales (CES) de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

be? En estas selvas hay muchas almas presas que buscan a sus cuerpos y también muchas palabras. La gente está callada, nadie quiere hablar, porque las palabras están presas. Un día, cuando haya muchas más almas y palabras que espacio en la selva, eso va a explotar y las palabras van a salir por el mundo y las almas encontrarán sus cuerpos y todo se va a saber. Yo no sé por qué nadie sabe, si saber es tan fácil. Usted que está aquí conmigo puede ver y puede saber.

EL RETORNO

Como le digo, quise volver a buscar lo mío. Como lo hacía antes, me fui a Villavicencio con unos centavos pensando en venir a Caño Jabón en avioneta, para llegar después en una canoa hasta Barranco Colorado y subir a pié hasta mi fundo. Caño Jabón es Puerto Alvira. Aquí nada se llama como se llama sino de otra manera. Yo tampoco soy Pablo Alegría. Caño Jabón es un caño importante que corre por las sabanas del Meta y desemboca en el río Guaviare. Ahí en la bocana hizo fundo un señor que todavía vive. Él se apellida Alvira; por eso el nombre del puerto. En el aeropuerto de Villavicencio me dijeron que a Caño Jabón no había vuelos, pues no se puede venir sin permiso de la Fuerza Aérea. Traté de comprar un pasaje para Mapiripán pero tampoco pude porque nadie venía para acá. Me tocó viajar a San José, pues ahora hay voladora para Mapiripán y Jabón dos días por semana, después de que durante muchos meses, entre mediados del dos mil dos y noviembre de este año dos mil tres, no hubo transporte por el río. ¿Se imagina? ¿Cómo harían para comer? Esta gente ha sufrido mucho. Por suerte encontré un motorista que necesitaba llegar hasta Mapiri. Así le decimos por aquí a Mapiripán que, para nosotros, no es sino esta parte del pueblo, lo urbano. Pero para la ley Mapiripán es muy grande. Se desprendió de San Martín en 1989. Dicen que tiene doce mil kilómetros y diez mil habitantes, casi todos concentrados en Mapiri, Jabón, El Mielón y La Cooperativa.

Pero fíjese la dificultad. El viaje por el río es un tormento; en cada parada uno siente que puede morir. Uno quisiera hacerse invisible. Al salir de San José nos tocó mostrar la cédula para que escribieran nuestros nombres en un libro de la policía. Le preguntan a uno qué hace, por qué viaja, lo que se le ocurra. A quince minutos, está Barrancón. Allí toca arrimar a un planchón rodeado de lanchas artilladas. Hombres de la Armada, secos y ásperos, vestidos con camisetas negras que tienen un letrero donde dice *Combate Fluvial*, vigilan para que no pasen más de cincuenta y cinco galones de gasolina por cada nave. Lo revisan todo. Si uno quiere llevar un solo galón más, es necesario traer un permiso. Aquí también piden las cédulas y toca

responder a las preguntas. Todo queda en el libro de la Armada. Una hora después llegamos a El Mielón, en donde siento que se me nota mucho el miedo. Allí están los paracos. Son muy jóvenes; si no fuera por las armas y las historias que cada uno lleva encima parecerían jugando. Uno de ellos tiene un ojo seco. No es cerrado, ni dañado, es seco. Carga un revolver grande y atrás, en su cinturón, cuelgan siempre dos granadas muy pequeñas de color aguamarina. Cuando se agacha, se preocupa para que se le vea otro pistolón en la pretina. Él siempre está al borde del río en un quiosco que hicieron para vigilar; si no está, toca esperarlo. Hacen desembarcar a todos los pasajeros y otra vez piden la cédula y las preguntas para el libro de los paramilitares. El hombre mira a cada persona y uno siente que con esa mirada le esculca a uno el alma. ¿Se imagina? El hombre mirando bien adentro de uno y uno sin saber para dónde mirar. A mí me da terror mirarle a esos ojos que él tiene. A veces ordena que le traigan a alguien y, después de un par de preguntas, decide quién sigue y quién se queda. Un grupo de cargadores que ponen canecas grandes en una lancha miran así como de reojo y siguen con su vida tratando de disimular, de hacer creer que no se enteran de nada. Otros minutos de viaje y, en el Trin, otro retén de los paramilitares. Los pasajeros ya aprendieron y sin que les exijan entregan las cédulas y se disponen a contestar a las preguntas. Es que la guerra lo vuelve a uno muy obediente.

A menos de un kilómetro hay un operativo del ejército: seis helicópteros vuelan muy bajo en círculos cerrados mientras dos aviones atraviesan el área. El motorista disminuye la velocidad y seguimos adelante en un silencio muy hondo. Al llegar al sitio del operativo solo queda un incendio tan grande que a los tres días había formado una capa de humo espeso sobre el río. Nadie cuenta ni nadie pregunta. Todo se pierde en el silencio y cada cual se arma su propia historia y se explica lo que quiera. Llegamos a Mapiri y, antes de entrar, debemos hacer otra fila para presentar la cédula y responder a las preguntas para otro libro de la policía. De aquí en adelante hasta Jabón no hay más libro, pero están los retenes de la guerrilla. Son, al menos, otros tres.

MAPIRIPÁN

Usted sabe que Mapiri se hizo famoso en 1997. El 15 de julio de ese año llegaron los paracos, mejor dicho las autodefensas campesinas de Córdoba y Urabá y asesinaron a varias personas. Unos dicen que fueron más de sesenta personas, pero aquí casi todos aseguran que fueron “solo” cinco. Yo digo que qué importa cuántos fueron. ¿Cuántos murieron en la famosa matanza de las bananeras? Tal vez doce, tal vez tres mil. Parece que en esos días

en Mapiri no hubo más de cinco muertos, pero después hubo otros en la Cooperativa y en Jabón, y en las sabanas todavía siguen muriendo personas. El médico ha visto varios cadáveres sin cabeza. Entre los muertos de aquí en ese mes de julio hubo dos muy conocidos en el pueblo: Sinaí Blanco y Catumare, que se llamaba Antonio Barrera. Catumare se mató solito. Cuando los guerrilleros hacían reuniones y decían “quién quiere decir algo”, él hablaba y decía “compañeros, esto o aquello” y él manifestaba que le gustaba la revolución, comentaba eso por la calle. Lo descuartizaron en el matadero. ¡Qué trágico! El matadero, como a los animales. Es que en esta guerra todo es como símbolo. Todo significa algo que da mucho miedo o que lo quita. Usted me dijo que los símbolos son los instrumentos para manejar el miedo, y yo le creo.

Aquí todos viven de la coca. En Mapiri la gente trabaja para la administración o es comerciante. Y en las veredas, los campesinos trabajan para la guerra o siembran la coquita. Nada más. Aquí hay días en los cuales no se puede conseguir un plátano, porque todo viene de afuera. El médico dice que la población de Mapiri está mal nutrida. La carne es escasa y el pescado casi nunca se ve. ¿No le parece terrible que una población que vive al lado de un río grande y caudaloso como el Guaviare no tenga cómo alimentarse? De otro lado aquí las cosas no son tan malas. Vea lo curioso: hay unos diez muertos por año, de los cuales ninguno muere por una riña o un atraco. Eso no existe aquí. Pero más de la mitad, y todos muy jóvenes, mueren a causa de la guerra y en condiciones muy crueles. Las enfermedades más comunes que son las infecciones, no matan. En los últimos cuatro meses hubo quince casos de enfermedades sexuales, todos en los soldados del batallón. Ni un policía ni un civil. ¿Qué querrá decir eso?

Del colegio salió la segunda promoción: once muchachos sin futuro. ¿Qué van a hacer? Las locuras de la gente han hecho correr el rumor de que la alcaldesa está haciendo un convenio con la Universidad Santo Tomás para que abra una sede aquí. ¡Imagínese! Una sede en Mapiri para once bachilleres. Lo que pasa es que la gente sueña, porque así no se pierde la esperanza en la vida. En Mapiri, y en general en estas selvas no hay drogadicitos porque el control es extremo. En eso hay un acuerdo entre todos los guerreros: guerrilleros y paracos matan al que consuma drogas. En el colegio hay un seguimiento que hace imposible que algo ocurra sin que se sepa. En los últimos meses hubo un psicólogo en colegio; es sargento de la policía. Mi primero Velásquez es de Pasto, sueña con los cuyes y con su familia que no ve desde hace cuatro meses cuando, después de diecinueve años en la policía y tres de haberse graduado como psicólogo, lo designaron para el puesto de Mapiri. Aquí tiene un grupo de teatro, un equipo de fútbol, y un trabajo constante con los alumnos del colegio. A algunos les gusta porque mi primero habla bonito; a otros les molesta porque sienten que el colegio se

convierte en un campo para hacer inteligencia militar para la guerra o, para adoctrinamiento, al menos.

DON ANDRÉS TIENE EL CONTROL A LA IZQUIERDA

¿Usted dijo que quiere entrevistar a un comandante paramilitar? Los comandantes de esta zona están ahí en esa mesa. Son esos tres que están bebiendo desde ayer. Don Andrés es el jefe aquí en Mapiri. Todos lo saben. Aquí tenemos noventa y cuatro hombres de la policía bajo el mando del capitán Choachí, hay un grupo grande del ejército bajo el mando del capitán Bautista, hay una alcaldesa, y usted habló con el alcalde encargado. Pero el jefe es don Andrés. Eso no lo dude. Difícil entrevistarlo ahora que está borracho. De pronto lo cita en El Trapiche, cerca de la Cooperativa, a donde toca ir para todo. Allá hacen juicios, negocios, acuerdan todo. Mejor trate de entrevistar al comandante de El Mielón. En San José puede ser más fácil. Claro que los paramilitares ahora están dedicados ante todo al negocio. La guerra entre ellos, entre los paramilitares de Córdoba y Urabá y los de Casanare, entre los Centauros y Héctor Buitrago, parece que ya terminó; o al menos se ha quedado quieta. Yo diría que ya la ganaron los de Córdoba y Urabá. Sin embargo, donde se encuentren, ellos se dan duro. Ellos llegaron aquí, en realidad, hace apenas un año. Después de la masacre de 1997 se retiraron o al menos no se veían; tal vez solo estaban haciendo acciones de penetración, como las llaman. Pero el año pasado vinieron y avisaron que se quedaban y tomaban el control de todo.

Aquí la economía depende de la coca y todo el mundo lo sabe. Eso es abierto. Ya no se negocia en los cafés del pueblo, sino que los paramilitares avisan cada semana en dónde están comprando. Los campesinos llevan la base, una especie de panela amarillenta, y los paramilitares les pagan. Casi siempre en dinero. Pero cuando se acaba la plata, ellos entregan vales que hacen efectivos a la semana siguiente. Los comerciantes aceptan esos vales como si fueran billete contante y sonante. Así el campesino no se perjudica. Imagínese la cantidad de plata que llega cada semana a las veredas en un solo maletín: ¡entre dos y tres mil millones de pesos! ¿Cómo se puede sacar tanto en efectivo de los bancos y que nadie se dé cuenta? Cada mes se transportan en efectivo alrededor de diez mil millones de pesos solo en esta parte de Mapiri. Imagínese cuánto se mueve en todos los demás lugares del municipio. ¡Mucha plata! Eso mantiene y justifica esta guerra. El ejército y la policía les dicen: ustedes verán ¡no se vayan a dejar coger! Al que se deje coger, aquí dice el dicho, lo mordió la vaca. Por eso cambian de sitio cada se-

mana y arreglan antes a todo el mundo para evitar sobresaltos. El negocio de la coca, administrado por los paramilitares, es casi legal en esta tierra. Si no fuera por esa matica aquí no habría nada. Ni siquiera guerra.

LA GUERRILLA A LA DERECHA DEL GUAVIARE

¿Usted dijo que quiere ir a Jabón? No le recomiendo. Vea mi caso. Si usted viene a Mapiri, no puede ir a Jabón porque allá sospechan que usted es paraco. Y si usted viene de Jabón no llegue a Mapiri porque aquí sospechan que usted es guerrillero. De aquí a Jabón las cosas han cambiado mucho. Tanto que usted no va a encontrar a uno solo de los antiguos. Todo el mundo es nuevo, recién llegado. Cada uno con su propia historia de dolor y sus desesperanzas, tratando de hacer vida en estas selvas. El río Guaviare es a la vez un territorio común y un límite: aquí se separan la Orinoquia y la Amazonia. A la margen izquierda está el Departamento del Meta y a la derecha el del Guaviare. Al frente, entre las selvas del Guaviare que son resguardo de los macusitos, que llaman los Nukak, están los guerrilleros y desde allá tratan de fastidiar a Mapiri. La comadre Lucrecia, que tiene la casa al lado del río, y el alcalde encargado, han contado cuarenta y cinco cilindros de gas disparados desde allá contra el pueblo. Ni uno solo ha dado aquí, pues la mayoría estallaron entre el río. Pero la gente de ese lado ha sufrido mucho. Los guerreros quemaron Charrasquera, donde no quedó ni una casa. Hay tantas historias sobre la manera en que ocurrieron las cosas, que uno no sabe si son verdades o si forman parte de las historias de terror que se cuentan antes de que haya muertos en la guerra. En Guanapalo y en Charras ya no vive nadie, y es tan peligroso que no le recomiendan a nadie que se acerque, pues los dos pueblos están minados. El médico atendió dos casos de heridos graves por las minas quiebrapatas. Cuentan que uno era de un guerrillero nuevo que ayudó a enterrar las minas y después olvidó en dónde estaban.

En Barranco Colorado todavía están en pie las instalaciones construidas por los gringos del Instituto Lingüístico de Verano, pero ya no hay escuela. Dicen que en las noches, cuando hay viento, se pueden entender las historias que cuentan esas casas. Los indios Guayaberos que vivían allí abandonaron todo y están dispersos en los caseríos de Barranco Ceiba y Barrancón, de manera que hay familias separadas y muchas otras tragedias que no le menciono porque no entiendo bien la manera como se organizan los indios. Pero sí sé que sufren porque los he visto con sus caras tristes y he hablado con algunos de ellos en los largos viajes de las voladoras. Otra historia es la de los macusitos que, mejor, se la cuento después porque es muy larga. Un grupo de cuarenta y tres macuses se encuentran ahora viviendo en una es-

quinita del resguardo de El Refugio, en Barrancón Bajo, que pertenece a los tukanos. Ellos quieren regresarse a Caño Makú y a Guanapalo. Los ayudan funcionarios de la red de Solidaridad y del Bienestar Familiar, pero no se sabe si sus territorios, adonde quieren regresar, también están minados.

A finales de los ochenta, los guerrilleros del Frente 44 de las FARC se instalaron en Mitare, al lado del Meta, pero pasaban mucho tiempo jugando billar o bebiendo gaseosas en Mocuare, donde había una valla gigante en la que el Frente 44 saludaba a los visitantes. Los niños y los maestros del internado indígena se habían familiarizado con las armas a fuerza de verlas recostadas en los postes. En algunos casos, el enfermero del puesto de salud debía atender a uno o dos muchachos que tenían paludismo o cualquier otra enfermedad del trópico o de la guerra. Había mucho movimiento diario entre Mocuare y Mitare a los ojos de todos en la zona. Los guerrilleros tenían tanta confianza en este sitio que hicieron unas construcciones en ladrillo que los campesinos llamábamos el búnker.

El once de septiembre, el mismo día en que cayeron las torres de Nueva York, a la media noche el ejército cayó de sorpresa sobre Mocuare. En el internado no había mucha gente: unos niños y unos cuantos maestros. Desde hacía un par de días la mayoría de la gente de los alrededores se había movido río abajo. No creo que fuera tan solo un presentimiento. Ellos sabían lo que se estaba fraguando. De repente, en medio de los sueños, se empezaron a escuchar las explosiones de las bombas lanzadas por los aviones sobre los alrededores, incluyendo a Mitare, y a los pocos minutos llovían soldados, con visores nocturnos, en la mitad del internado. El internado estaba rodeado por una malla, de manera que los soldados quedaron atrapados. Desconcertados preguntaban a los niños: ¿Esto es Mocuare? ¿en dónde está el puerto? ¿en dónde está la gente? Les dieron duro a los guerrilleros, pero ellos siguen teniendo el control en estas zonas. Imagínese que solo en estas selvas de los alrededores están los frentes 44 y 39, y entre El Retorno y Calamar los frentes 1 y 7.

Los jefes de las FARC nombraron comandantes en los pueblos; se organizaron como la policía. Eso trajo muchas injusticias. Piense usted, la vida dependiendo para todo del estado de ánimo del comandante. En el 2001 los guerrilleros hicieron algo extremo en esta guerra por territorio con los paracos: hicieron trasladar a todos los habitantes de Jabón y los alrededores al internado de Mocuare. En ese año se cerró el internado porque, de un momento para otro, llegaron más de mil quinientas personas que se quedaron por cerca de un mes. Lo grave es que después unas quinientas personas permanecieron ahí casi por un año, hasta finales del año dos mil dos. ¡Quinientas personas por un año viviendo en el internado! Recuerde que durante ese tiempo no hubo transporte por el río. Yo no sé cómo están vivos todavía. ¿Cómo hicieron para que este río los mantuviera?

CAMPOS DE CONCENTRACIÓN Y TRABAJOS FORZADOS

Vea usted cómo es la vida. A pesar de que Barranco Colorado está solo, hasta allí llegan dos vías que no estaban hace cinco años. La primera une a Barranco Colorado con Charras; fue trazada por allá en 1995 por una compañía petrolera que no recibió las licencias para continuar con la exploración. Los guerrilleros la acondicionaron a punta de usarla. Esta pudo ser una alternativa al cierre del transporte por el río. La otra es una vía ancha que sale desde Barranco Colorado y llega cerca de Tomachipán, sobre el río Inírida. A mí me parece increíble que hayan hecho una carretera en medio de esta selva. La construcción corrió por cuenta de los habitantes de Charras, Charrasquera, Guanapalo, Caño Makú, Caño Mosco, y Tomachipán. La más leve falta daba lugar a un castigo: por una riña “usted se viene con nosotros y queda condenado a un kilómetro”; por maltrato a la esposa, “dos kilómetros”. Las mujeres no se salvaron: “a mantequear para los que están trabajando” o “usted viene para que ayude a su marido”. Así se hizo la carretera, lo que facilita viajar rápido por entre la selva en un trayecto que antes era casi imposible; usted y yo lo hicimos hace años y usted recuerda lo que sufrimos.

Me parece que esta historia del río Guaviare es la nueva historia de Colombia. Parece que estuviera hecha para contradecir en todo al gobierno. Aquí ocurre todo contra lo cual nos dicen que se lucha en Colombia. Aquí se demuestra que la guerra es conveniencia y que no hay voluntad para acabarla. ¿Sabe? Cuando yo estaba muy niño aprendía de memoria pedazos de los discursos de Gaitán y de López, el viejo. Una vez oí a Alberto Lleras y no olvido lo que dijo: “Quienes odiamos la guerra no la odiamos únicamente porque sea la destrucción de los hombres y de sus más preciosas creaciones. La odiamos porque la guerra es una sustitución abusiva de la razón, porque desplaza a la inteligencia en las soluciones nacionales”. ¿Qué tal ah? Como para hoy.